

LA CIUDAD SIN MUROS: ESPARTA DURANTE LOS PERÍODOS ARCAICO Y CLÁSICO

JESÚS D. CEPEDA RUIZ
Doctor en Historia Antigua

RESUMEN

La ciudad de Esparta fue una *polis* difícil de encuadrar en el prototipo de ciudades griegas desde la época arcaica hasta el final del período helenístico. La ausencia de una muralla que protegiese la ciudad, así como la falta de un núcleo urbano concentrado desde su fundación, la convierten en una ciudad peculiar desde un punto de vista urbanístico. La falta de monumentalidad en sus edificios y el hecho de que todavía no se haya encontrado su necrópolis, incrementa el número de enigmas que la comunidad investigadora tiene todavía pendiente respecto a una ciudad y una sociedad muy diferente a la del resto de estados griegos.

ABSTRACT

The city of Sparta was a polis that fit not really well in the prototype of greek cities from the archaic period to the end of the hellenistic time. The absence of a wall that protected the city, and the lack of an urban design from the foundation of the city, gave a peculiar characteristic from an urban point of view. The lack of monumentality in the buildings and the absence of the necropolis, increase the number of riddles that schollars have with a city and a society very different from the rest of the greek states.

INTRODUCCIÓN

Existen una serie de mitos sobre la sociedad espartana que debemos ir desterrando y que los últimos congresos sobre Estudios Espartanos así lo ponen de manifiesto. Esparta no fue ni una

ciudad ni una sociedad aislada. Es cierto, que su ubicación geográfica, en medio de un valle regado por el río Eurotas¹, y flanqueado por dos cadenas montañosas como los montes Parnon y los Taygeto, formados durante el Plioceno², influyó de manera decisiva en el desarrollo de la ciudad, pero no puede hablarse de ciudad aislada³. El investigador alemán Conrad Stibbe señala como ubicación ideal la situación de Esparta, en donde los jóvenes dorios podrían desarrollar una sociedad muy peculiar, como fue la espartana, sin ser molestados⁴. El valle sobre el que descansa la ciudad, tiene una longitud de aproximadamente unos 18 kilómetros, y su punto más ancho llega a ser de diez. Su puerto natural, Gytheon, se encontraba a tan solo cuarenta kilómetros, con lo que la salida natural al mar, quedaba asegurada.

Tampoco fue una sociedad austera, y esto puede ser difícil de aceptar, habida cuenta de que el mismo lenguaje del mundo en que vivimos, todavía mantiene como adjetivo para determinar algo austero, el término «espartano». Un hotel, en Wisconsin, en la ciudad de Esparta (existen más de cien localidades en Estados Unidos con este nombre) tiene como eslogan: «*Esparta fue derrotada en Leuctra en el 372 a. C., por lo que no esperen encontrar en este hotel habitaciones espartanas*». La atracción que en las últimas décadas ha despertado todo lo que rodea a la sociedad espartana, desde su férrea disciplina a su modo de vida militarizado, pasando por la «libertad» tan peculiar de sus mujeres, ha llevado a la celebración de congresos sobre la sociedad y vida en Esparta desde finales de la década de los ochenta, en lugares tan dispares como Sidney, Estocolmo, Londres, Nueva York, Glasgow o el próximo que tendrá lugar en Nottingham en Septiembre del 2007.

La atracción de esta sociedad no se ha ceñido exclusivamente al entorno académico, debido a que los autores de novela histórica han encontrado en el mundo espartano un auténtico filón, entre los que debemos destacar las publicaciones de *Las Puertas del Infierno* y *Spartans*, que tienen como tema principal la batalla de las Termópilas. Este tema ya fue llevado al cine a principios de la década de los sesenta, y en breve, podremos ver una nueva producción cinematográfica con George Clooney en el papel del aguerrido rey Leónidas.

A pesar de la atracción que Esparta todavía ejerce sobre nuestro entorno actual, es muy difícil tratar de dilucidar lo que los autores de época arcaica y clásica primero, y helenística y

1 STIBBE, C. *Das andere Sparta*. Mainz. 1996, p. 20, considera que en la actualidad, el río Eurotas a su paso por Esparta y sus alrededores, está quedándose muy mermado debido a los múltiples canales que se construyen para el regadío de las tierras circundantes. Ni tan siquiera, el aporte natural de los numerosos torrentes que confluyen en el Eurotas, son suficientes para cubrir la creciente demanda de agua de la zona.

2 WILKINSON, K. «Geoarchaeological studies of the Spartan acropolis and Eurotas valley: some preliminary conclusions», CAVANAGH & WALKER (eds.), *Sparta in Laconia. Proceedings of the 19th British Museum Classical Colloquium*. Londres. 1998, pp. 149-156.

3 STIBBE, C., *op. cit.*, 1996, p. 23, mantiene que el hecho de que algunos de los más famosos arquitectos y escultores del momento (Teodoro de Samos y Rhoikos, Scias y Baticles de Magnesia, arquitecto y escultor que construyó el templo de Apolo en Amiclas), fuesen llamados a trabajar en Esparta, especialmente en el siglo VI a. C., es una muestra de la mentalidad abierta de sus dirigentes y de que no podemos considerar, al menos para ese período de tiempo, la sociedad espartana como austera.

4 STIBBE, C., *op. cit.* 1996, p. 21. La visión de sociedad aislada que presenta este autor es la que se ha mantenido durante gran parte del siglo XX en la comunidad investigadora. Sin embargo, las evidencias arqueológicas aparecidas en los distintos santuarios de la ciudad, en donde el material en que estaban realizados algunos objetos votivos como el márfil, así como la iconografía que presentaban otros, presentan claramente una sociedad en la que existía un intercambio comercial y posiblemente ideológico con el mundo exterior. Buena prueba de ello serían los famosos certámenes musicales celebrados en Esparta durante el período arcaico, o los importantes grupos filoespartanos que surgieron en Atenas durante el período clásico, que suponen un contrapunto a la teoría de sociedad aislada.

romana después, nos han transmitido sobre esta sociedad tan «distinta», porque en la mayoría de las ocasiones se tiende a magnificar cada uno de los aspectos de la misma, y porque gran parte de las fuentes literarias que nos informan sobre Esparta son foráneas, es decir tenemos muy pocos testimonios de autores que fuesen espartanos, o que viviesen allí una buena parte de su vida, como fueron los casos de Alcman y Tirteo para el período arcaico o de Jenofonte para el clásico. Uno de los mayores problemas que nos encontramos a la hora de dilucidar lo que existe de realidad y lo que es ficción en el contexto espartano, se debe principalmente a la idealización que realizaron los autores de época romana sobre Esparta, debido principalmente a lo destacado de su disciplina y de su entorno militarizado.

Excavaciones arqueológicas en Esparta

Las primeras investigaciones que tenemos sobre Laconia y la ciudad de Esparta, son una serie de descripciones realizadas por viajeros, que desde el siglo XVII, se interesaron por esta parte de Grecia. El mercader Bernard Randolph había leído los cuadernos de viaje de Cyriac de Arcona, personaje de mediados del siglo XV, y había quedado tan impresionado por las descripciones que realizaba, que decidió organizar un viaje al Peloponeso, fruto del cual editó dos libros referentes a esta zona en 1689, bajo los títulos de «*Compañero de viaje en Grecia*» y «*Grecia: un compañero literario*», realizando un interesante estudio sobre la ciudad de Mistras, situada a diez kilómetros de Esparta.

En el siglo XIX, la irrupción de investigadores ingleses hace su aparición en las personas de Sir William Gell (1823) y del coronel W. M. Leake (1830), aunque sus investigaciones tenían objetivos diferentes. La del coronel Leake, incluía un minucioso informe de la topografía del Peloponeso que perseguía un objetivo estratégico, pero aún tuvo tiempo para proporcionar interesantes datos sobre la Acrópolis de Esparta e incluso fue capaz de identificar la situación exacta de Amiclas. Sir William Gell, por su parte, facilitó los primeros datos sobre el Teatro y el lugar en donde se ubicaba⁵. La sociedad espartana había seducido a los viajeros del siglo XIX, fruto de una mezcla de fascinación y atracción por un estado griego diferente a los demás, por lo que se organizaron un buen número de expediciones por parte de viajeros o anticuarios que dejaron por escrito sus experiencias, cuanto menos interesantes como libros de aventuras, pero carentes en la mayoría de las veces de rigor científico⁶.

En 1828, Francia quería asegurar su presencia en Grecia y demostrar a la opinión pública su compromiso con la libertad de aquél país. De esta forma, envió un contingente de 14.000 hombres, entre los que se encontraba un nutrido grupo de científicos franceses que iban a estudiar la topografía, flora, arquitectura y arqueología del Peloponeso. Por primera vez, se llevaban a cabo en la zona, excavaciones sistemáticas y trazado de mapas topográficos que se complementaron con estudios estadísticos de población. El resultado de estos estudios fue la publicación del libro «*Expedition scientifique Morea*». Sin embargo los primeros estudios que abordarán principalmente excavaciones arqueológicas, serán llevados a cabo por los alemanes Ludwig Ross, publicando después en 1841 los resultados de su investigación en «*Reisen und Resierouten durch Greichenland*», y E. Curtius, cuya publicación «*Peloponnesos: Eine histo-*

5 CASILLAS, J. M. *La Antigua Esparta*. Madrid. 1997, p. 24.

6 CASILLAS, J. M., *op. cit.*, p. 22.

rischgeographische Beschreibung der Halbinsel», fue editado años después, a principios de la década de los cincuenta.

En 1888, Schliemann, que había excavado en Troya, Micenas y Tirinto, fue el primer arqueólogo que decidió iniciar excavaciones en la antigua Esparta en busca del reino de Menelao y Helena, basándose en las escasas evidencias arqueológicas que el Meneleo ofrecía en aquellos momentos. Sin embargo, fue Tsountas el primero que excavó de manera sistemática en Esparta, a pesar de que se centró en los yacimientos de Vafio y Amiclas de la Edad del Bronce, mientras que Furtwängler finalizaba los trabajos comenzados por el griego Tsountas.

El desarrollo de las excavaciones iniciadas por franceses y alemanes, ponían en una situación delicada a la Escuela Británica de Arqueología, que en aquellos momentos estaba obteniendo importantes resultados en las excavaciones realizadas en Creta, pero que no podía permitir que alemanes y franceses se apoderasen de un territorio virgen, como era en aquel momento la ciudad de Esparta. Los alemanes habían tenido un éxito importante con sus trabajos en Olimpia, y los franceses en Delfos, por lo que la Escuela Británica necesitaba un golpe de efecto para contrarrestar estos éxitos.

En este período de tiempo, que comprendía los años finales del siglo XIX y los inicios del XX, existía un clima político muy tenso, debido al interés de los principales países por la supremacía y el control de Europa, con Inglaterra a la cabeza de las colonizaciones por el mundo, y Alemania y Francia disputando su poderío en cualquier campo en donde los británicos pudiesen ser atacados, incluyendo el científico en general y la arqueología en particular.

La Escuela Británica decidió iniciar unas campañas de investigación en el santuario de Ártemis Ortia en Esparta bajo la dirección de Bosanquet primero y de Dawkins después, que cubrieron el período comprendido entre 1906-1910. Dawkins se encontraba excavando en Creta, pero la Escuela Británica decidió enviar al santuario a uno de los mejores equipos de investigación que disponía, formado por arqueólogos de la talla de Rose, Dickins, Wace, Woodward, quienes junto al propio Dawkins, realizaron una de las mejores excavaciones de la época, teniendo en cuenta la falta de medios en que tuvo que desarrollarse. Cada uno de ellos se centró en aspectos muy concretos del santuario como fueron la epigrafía, el estudio de las figuras en terracota, los bronceos, marfiles, etc.

Después de cinco años de excavación los resultados fueron muy importantes debido a que el número de evidencias arqueológicas encontradas, entre las que destacaban objetos votivos realizados en oro, plata, márfil, etc. fue mayor de lo que se esperaba. Estos hallazgos cubrían casi mil años de actividad del santuario, y fueron publicados en una monografía muy posterior, debido a la interrupción provocada por el estallido de la primera guerra mundial, viendo la luz finalmente en 1929⁷.

Una segunda campaña en el santuario fue dirigida por Woodward entre 1924-1928, que además de continuar las excavaciones en el santuario de Ártemis Ortia, también realizó intervenciones en alguno de los santuarios de la Acrópolis como el de Atenea Calcíeco y en el Teatro, situado a los pies del mismo, así como diferentes estudios topográficos de la zona, etc.

Las tres primeras décadas del siglo XX, cambiaron por completo el concepto que se tenía sobre la ciudad y la sociedad espartana, especialmente la de sus primeros momentos en la época arcaica. A partir de entonces una cadena de investigaciones, quizás con menos intensidad pero

7 DAWKINS, R. M. *The Sanctuary of Artemis Orthia at Sparta. Excavated and described by members of the British School at Athens. 1906-1910.* London. 1929.

al menos de manera continua, ha llevado a investigadores como Alan Wace, Helen Waterhouse y Dick Simpson a continuar la estela trazada por las primeras campañas. El papel de Hector Catling en las décadas de los 60 y 70, como director de la Escuela Británica en Laconia, fue también determinante, así como la de alguno de sus pupilos, como John Boardman, quién realizó a finales de los 60 una actualización de las cronologías que el equipo de Dawkins había determinado a principios del siglo XX en el santuario. Desde entonces hasta el momento actual, los nombres de Paul Cartledge, Spawforth, Finley, Shipley, Hodkinson y Waywell, han llevado las investigaciones en Esparta a un elevado nivel científico.

El 5º Eforado de Antigüedades Prehistóricas y Clásicas de Esparta, lleva trabajando en la zona durante los últimos treinta y cinco años, realizando excavaciones de urgencia en zonas residenciales privadas, para tratar de encontrar parte del trazado urbano de época arcaica o clásica. A pesar de ello, Forrest, uno de los mejores investigadores sobre Esparta, considera que la arqueología no ha hecho sino «arañar» tan solo la ciudad⁸. En Esparta se ha intervenido en algunos puntos concretos como el santuario anteriormente citado de Ártemis Ortia, el Meneleo o la Acrópolis, además del templo de Apolo en Amiclas o el de Zeus Mesapo al norte de Esparta, pero aún queda mucho por realizar en cuanto a la antigua ciudad o algún otro santuario que aún no ha sido descubierto⁹. Las evidencias arqueológicas ponen de manifiesto que Esparta debió ser una ciudad abierta a las influencias e importaciones de otras ciudades, tal y como muestran algunos objetos votivos realizados en marfil y cuya iconografía recuerda la de algunos países del mediterráneo oriental.

Después de las continuas excavaciones británicas durante las primeras décadas del siglo XX, los resultados obtenidos en otros lugares como Atenas, Delfos o la misma Olimpia, colocaron a la ciudad de Esparta como objetivo secundario de las principales Escuelas de Arqueología de Europa.

FUNDACIÓN DE ESPARTA

La Historia de Esparta en sus orígenes, es considerada por Forrest cuanto menos complicada, debido a la existencia de fuentes literarias como *La Iliada* de Homero, en donde a lo largo de

8 FORREST, W. G. *A History of Sparta*. London. 1980, p. 15.

9 TODD, S. C. *Athens and Sparta*. London. 1996, p. 10, coincide con la postura de Forrest y eso hace que nuestro conocimiento de la ciudad de Esparta durante el período arcaico y también durante el clásico sea incompleto. Un buen número de localizaciones, edificios públicos, viviendas y santuarios permanecen todavía sin descubrir. En el mismo sentido se manifiesta OSANNA, M. «Il Peloponneso», en *La Città Greca Antica. Istituzioni, società e forme urbane*. Roma. 1999, pp. 129-160, esp. 152, quién considera: «nonostante l'intensa ricerca centenaria portata avanti da archeologi inglesi e dalla locale Ephoria, rimangono oscuri tutta una serie di punti fondamentali per la conoscenza della città arcaica e classica»; RAFTOPOULOU, S. «New finds from Sparta», CAVANAGH, W. G., WALKER, S. E. C. (eds.), *Sparta in Laconia. Proceedings of the 19th British Museum Classical Colloquium*. Londres. 1998, p. 125, también coincide al señalar que la actividad arqueológica en Esparta ha sido escasa, dando la razón al comentario de Tucídides de que la ciudad no disponía de edificios con la monumentalidad de Atenas. Esparta, continua Raftopoulou, nunca ha sido objeto de una intensa y sistemática excavación como lo han sido otros lugares de Grecia, y las evidencias arqueológicas encontradas, apenas se han utilizado para contrastarlas con el gran número de fuentes literarias que disponemos: «Although we cannot plan our digs in the direction we would like to, we constantly record everything in the hope that some day we shall manage to collect all information in a complete survey of the ancient city. Such a comprehensive study may eventually lead us to the most desired aim, the study of the evolution of the town plan of Sparta, with its peculiar and locally specific process of gradual urbanisation, leading to the urban topography of the Roman period».

la narración de la Guerra de Troya, momento en el que el valle del Eurotas estaba unido bajo un poderoso reino, cuya capital era Esparta, nos ofrece una interesante información sobre el estado espartano. Sin embargo, y contrastando las evidencias arqueológicas con las fuentes literarias, no se encuentran restos de asentamiento de época micénica en Esparta, con lo que nos encontramos con uno más de los enigmas que rodean esta *polis*. El relato mítico-legendario nos indica que el rey que gobernaba este territorio era Menelaos, esposo de Helena y hermano de Agamenón, quién desde Micenas gobernaba toda la zona norte del Peloponeso. A diferencia de los otros reyes que combatieron en la guerra de Troya, Menelaos regresó sano y salvo a Esparta y su reino pasó a su muerte a las manos de su sobrino y yerno Orestes, quedando finalmente bajo el mando de su nieto Teisamenos¹⁰.

En aquel periodo se desarrolló la primera oleada de Dorios, que provenían del norte de Grecia, cruzando el Golfo de Corinto y extendiéndose por todo el Peloponeso, invadiendo Pilos, Micenas y Lacedemonia. Los invasores eran un grupo de príncipes, descendientes de Heracles, dirigidos por dos hermanos, Kresfontes y Temenos y los hijos gemelos de un tercer hermano, Eurestenes y Procles, y la mayor parte del Peloponeso fue dividido entre los tres hermanos. El Noreste fue a parar a manos de Temenos, Mesenia para Kresfontes y Laconia para Eurístenes y Procles, y de esta manera el mapa del Peloponeso quedó establecido. Las fuentes varían en algunos detalles, como los que consideran que el padre de los gemelos, Aristodemos, vivía durante la invasión, pero en su conjunto coinciden todas ellas.

Sin embargo, estos relatos legendarios contrastan con lo que nos indica la arqueología, que nos señala el siglo XIII a. C., Heládico Tardío III, como un período de tiempo en el que Laconia floreció, con cuatro centros importantes en la llanura donde hoy se sitúa Esparta, y que fueron Terapne, Amiclas, Pharis y Bryseai. Alrededor del 1200 a. C. la mayoría de estos centros son destruido y lo más sorprendente de todo es que los invasores no dejaron evidencias arqueológicas de su paso por el Peloponeso, por lo que la invasión doria sigue siendo hoy en día un enigma sin resolver. Los restos cerámicos que se encuentran en los dos centros que sobreviven con fuerza como son Amiclas y los alrededores de la llanura espartana, pertenecen a los antiguos moradores de Laconia y no a la nueva cultura invasora.

Los investigadores coinciden al señalar que alrededor del año 1000 a. C., se produjo una segunda oleada de invasión doria, formada esta vez por tribus de Hileos, Dimanatas y Panfilos, cuya existencia en Esparta será confirmada por Tirteo (fr. 19,8) y posteriormente por Heródoto (V, 68, 2), y que conformarían el origen de la civilización espartana¹¹. Esta segunda incursión doria, estaría compuesta por una élite guerrera, pero también existen indicios de un nuevo grupo invasor procedente del Atica, que llegó a la Argólida alrededor del 1050 y desde allí se expandió por el Peloponeso. Los restos de cerámica ática proto-geométrica así lo atestiguan, pero aún hoy, es una cuestión que permanece como una incógnita.

Lo que conocemos con certeza es que finalmente el lenguaje y la religión doria se impusieron, pero el alcance de dichos aspectos en los inicios es algo que todavía desconocemos. Alrededor del año 1000 se tendrían por tanto las bases de un estado dorio, cuyos reyes epónimos fundadores de las dos casas regias serán Agis y Euripon, hijos de los gemelos Eurístenes y Procles, a su vez hijos de Aristodemos, conectado en última instancia con Heracles, por lo que todos ellos se consideraban descendientes de Heracles.

10 FORREST, W. G. *op. cit.*, 1968, p. 24.

11 CARTLEDGE, P. *Sparta and Lakonia: A Regional History 1300-362 B.C.* London. 1979, p. 80.

Con los últimos estudios cronológicos el inicio de la diarquía ha quedado establecido en la segunda mitad del siglo X a. C., entre los años 930-900 a. C. Las fechas son muy difíciles de establecer con exactitud debido a lo exiguo de las fuentes, pero al menos podemos concretar que el reino Lacedemonio Micénico se desvaneció hacia el 1200 y que las bases de la Esparta Doria fueron establecidas en algún momento de la segunda mitad del siglo X a. C., y lo que ocurriera entre ambos períodos nos resulta muy difícil de determinar¹².

La fundación de Esparta, en opinión de Cartledge, debemos situarla a principios del siglo VIII a. C. y a diferencia de la mayoría del resto de *poleis* griegas, existía una jerarquización en su estructura, y no una unificación de lugares y edificios. Casillas sitúa esta fundación también a principios de dicho siglo aunque reconoce que el proceso de unificación de las cuatro *obai* (Pitana, Mesoa, Cinosura y Limnai) podría haberse iniciado a lo largo del siglo IX a. C. Sin embargo, la mayoría de investigadores consideran que la fundación de la ciudad fue un período complejo en el que se produjo una fusión de las cuatro *obai*, quizás en una primera fase las de Mesoa y Pitana, más próximas a la Acrópolis y cuyos yacimientos nos han revelado la cerámica más antigua encontrada en Esparta, de donde serían originarios los reyes Agiadas, y en una segunda unificación, podrían haber quedado unidas las *obai* de Limnai y Cinosura, de donde sería originaria la casa Europóntida¹³.

Una postura distinta es la mantenida por Cartledge que considera que las casas reales tenían sus sedes, la de los Agiadas en Pitana, la aldea más pequeña, y la de los Europóntidas en Limnae, al menos eso es lo que en su opinión demuestran las tumbas encontradas en cada una de las *obai*. La diarquía pudo producirse cuando Pitana y Limnai se fundieron políticamente para formar la ciudad de Esparta, la primera uniéndose a Mesoa y la última haciéndolo con Cinosura¹⁴. En lo que Cartledge coincide con el resto de investigadores es en señalar que antes de la anexión de Amiclas, las cuatro *obai* se habrían unido para dar lugar a la ciudad de Esparta.

Establecida la diarquía en Esparta y con la unión de las cuatro *obai* perfectamente delimitada, los reyes espartanos intentarán la expansión de su territorio, mediante conquistas territoriales, primero de aquellos núcleos más cercanos como fueron los de Pharis y Amiclas, como nos indica Pausanias¹⁵, «*no mucho antes de la Primera Guerra Mesenia*», que como sabemos podemos situarla entre el año 750 y el 740 a. C., siendo la primera de ellas tomada sin apenas esfuerzo, mientras que la segunda sería conseguida después de un desesperado e intenso asedio. Amiclas tendrá un papel determinante en el desarrollo de la ciudad de Esparta, y allí se celebrará el festival más importante de la ciudad, las Jacintias¹⁶. Por otra parte, se han podido observar indicios de

12 Este período de incertidumbre es denominado por FORNIS, C. *op. cit.* 2003, p. 28, como «período oscuro» y cubriría un intervalo de tiempo entre la desintegración del mundo micénico y el renacimiento político y cultural de Esparta a mediados del siglo VIII a. C. Este período para Casillas, se habría caracterizado por el aislamiento y la marginalidad del estado espartano.

13 FORREST, W. G., *op. cit.* 1968, p. 28.

14 CARTLEDGE, P., *op. cit.* 1979, p. 90.

15 Paus. III, 2, 6: «Entre ellas, los habitantes de Faris y Gerantras, asustados por el ataque de los dorios, convinieron en virtud de un tratado en marcharse del Peloponeso, pero a los de Amiclas no los expulsaron mediante una incursión, sino tras una larga resistencia con lucha armada y tras distinguirse con acciones gloriosas. Muestran, por su parte, los dorios un trofeo que levantaron sobre los de Amiclas, en la idea de que entonces esto era para ellos muy valioso».

16 FORNIS, C. *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*. Barcelona. 2002, p. 30. Este autor considera que el control de Amiclas era imprescindible para el acceso de Esparta hacia el mar, por lo que una vez incorporada a Esparta, después su conquista, quizás se otorgasen plenos derechos de ciudadanía a la población.

separatismo y matices locales en Amiclas y en este sentido el desarrollo urbanístico de Esparta es totalmente atípico, debido a que frente a la ordenación armoniosa y simbiótica del resto de ciudades del territorio griego, Esparta había dispuesto una jerarquización de su territorio urbano a favor de Amiclas¹⁷. Después de esta serie de conquistas de núcleos próximos comenzó la de algunos centros más alejados como eran Gerontrai, la antigua Geraki y finalmente la gran campaña de Mesenia, que proporcionaría a Esparta, después de dos guerras, el sometimiento de su vecina y rival y la posibilidad de contar con un enorme territorio próximo y muy fértil.

La situación privilegiada de Esparta, hacía posible su expansión por los cuatro puntos cardinales, llevando hacia el norte su expansión hasta las colinas de Arcadia, hacia el oeste, atravesando los montes Paron, hasta la misma Kinura, en donde se toparía con su eterno enemigo dorio, Argos, con quién también tropezaría en su expansión hacia el sur, en el golfo de Laconia. La anexión más apetecible era la occidental con una Mesenia que gozaba de grandes extensiones de tierras fértiles. Además, Esparta no solo necesitaba nuevas tierras, sino mano de obra para trabajarlas y Mesenia se antojaba como un objetivo muy apetecible para conseguir ambas cosas.

Esparta, ciudad sin muros

La ciudad de Esparta no puede ser considerada con una ciudad-estado con la estructura urbana de otras *poleis* griegas. Se trataba en realidad de una agrupación de *obai* (Meso al Sur, Pitana al Norte, Limnas al este y Cinosura al Sudeste)¹⁸. Una ciudad que no disponía de muros y que tan siquiera, la Acrópolis fue amurallada como signo de protección y separación del resto de la ciudad¹⁹. En época helenística, las cuatro *obai* más próximas fueron amuralladas, quedando fuera de esos límites Amiclas, ya que se encontraba a unos cinco kilómetros de distancia al sur de Esparta.

Las causas que se han considerado para explicar esta ausencia de muros, han dado origen a un buen número de teorías. En primer lugar, la que considera que el modo de vida y la tradición de los espartiatas podría haber sido suficiente para considerar «afeminado» amurallar su ciudad, ya que sus hombres eran sus muros. Contamos con varias referencias literarias que nos confirman esta particularidad, en la que los monarcas espartanos se jactaban de que las murallas de Esparta eran sus propios hombres (Plu. *Mor.* 210e; 217e) e incluso la frase adjudicada a Licurgo proclamando que «una ciudad está bien fortificada cuando está guarnecida por hombres y no por piedras» (Plu. *Lyc.* 19, 12; *Mor.* 228e). Todd considera que Esparta, al no amurallar su recinto, también demostraba un desprecio a las riquezas propias de una ciudad, ya que considera que

17 CARTLEDGE, P. «City and Chora in Sparta: Archaic to Hellenistic», CAVANAGH, W. G., WALKER, S. E. C. (eds.), *Sparta in Laconia. Proceedings of the 19th British Museum Classical Colloquium*. Londres. 1998, pp. 39-47, esp. 46.

18 El modelo de ciudad que nos plantea Tucídides se asemeja al de aquellas ciudades que se encontraron los primeros colonos griegos a lo largo del Mediterráneo y que no disponían de muros defensivos (Tuc. I, 5, 1): «*Cayendo sobre poblaciones sin murallas formadas por aldeas dispersas ...*».

19 Para un estudio detallado del significado del amurallamiento de una ciudad y la excepción que en este caso suponía Esparta, puede consultarse la obra de DUCREY, P. «La muraille est-elle un élément constitutif d'une cité?», en *Sources for the Ancient Greek City-State. Symposium August 24-27, 1994. Acts of the Copenhagen Polis Centre. Vol. 2. Historisk-filosofiske Meddelelser 72*. Copenhagen. 1995, pp. 245-256.

los muros se construían por dos motivos principalmente: para ofrecer protección a la ciudad y como muestra de ostentación del poder económico de dicha ciudad²⁰.

El mismo Platón, en su obra *Leyes*, menciona como ejemplo de ciudad sin muros a Esparta, ya que en su opinión «*estaría de acuerdo con Esparta en que las murallas hay que dejarlas dormir tendidas en la tierra y no levantarlas*» (Pl. *Leg.* 778 D). Aristóteles, por el contrario, consideraba que esta concepción de la ciudad sin murallas estaba muy anticuada. «*Considerar bien no rodear con murallas a las ciudades es igual que buscar un país fácil de invadir y allanar en su entorno los lugares montañosos, y es igual también que no rodear de muros las casas particulares, en la idea de que sus ocupantes serán cobardes*» (Arist. *Pol.* VII, 1330 b-1331 a).

Otra teoría que ha sido expuesta para explicar la ausencia de murallas en Esparta, sería la de la protección que gozaba la ciudad, al situar a los *periecos* en los límites del estado, como línea defensiva contra agresiones exteriores, aunque como pudo demostrarse con la invasión tebana en el 370-369 a. C., fue del todo insuficiente²¹.

Una tercera suposición tiene que ver con el aspecto religioso de la ciudad, en donde podría haberse creado una serie de santuarios no muy alejados de Esparta, entre 15 y 20 kms., que configurarían una hipotética protección «divina» para la ciudad. Estos serían los casos de los santuarios de Ártemis Cariátide situado a unos 20 kms. al Noreste de Esparta o el de Ártemis Limnatis, situado aproximadamente a la misma distancia pero al Suroeste de la ciudad.

En estos santuarios situados fuera de la propia ciudad se llevarían a cabo rituales de «separación o segregación» de las doncellas, en donde se celebrarían una serie de ceremonias como las relatadas por Pausanias y Estrabón respecto al santuario de Ártemis Limnatis, o las descritas por Servius en el de Ártemis Cariátide, en donde las jóvenes permanecerían durante un período de tiempo aisladas de la sociedad, y en donde tendrían una muerte ritual en su etapa como doncellas y un renacer como mujeres preparadas para el matrimonio.

Fue precisamente en estos santuarios donde se sitúan los orígenes de algunos de los conflictos entre los distintos estados griegos, como sería el de la Primera Guerra Mesenia, cuando los mesenios, siempre según la versión de los espartanos, violaron a las doncellas que estaban en el santuario de Ártemis Limnatis y después mataron a su rey Teleclos. La versión de los mesenios, según Pausanias, contradice la de los espartanos, ya que habrían sido estos últimos los que intentaron atacar utilizando disfraces de mujer²².

En el santuario de Ártemis Cariátide, el mesenio Aristómenes secuestró a algunas doncellas que allí permanecían y al intentar ser violadas por sus soldados, tuvo que matar a algunos de éstos, pero al final consiguió devolverlas a sus familias en Esparta a cambio de un importante botín.

Cartledge mantiene que lo más probable es que la ausencia de muros en Esparta durante más de seis siglos, debe atribuirse al hecho de que existían una serie de líneas protectoras alrededor de la ciudad a diferentes distancias y de distinta índole (Fig. 1). Por un lado, Esparta contaría con la línea de protección *perieca* que acabamos de comentar y que ofrecía un margen de seguridad a los *espartiatas*, ya que las poblaciones *periecas* se encontraban en los límites del estado. Por otra parte, existiría una segunda línea de protección, en este caso, de concepción religiosa, ya que en el transcurso de los periodos de segregación de las doncellas espartanas, celebrados en los

20 TODD, S. C., *op. cit.*, 1996, p. 11.

21 CARTLEDGE, P., *op. cit.*, 1998, p. 43.

22 Paus. IV, 4, 2-3.

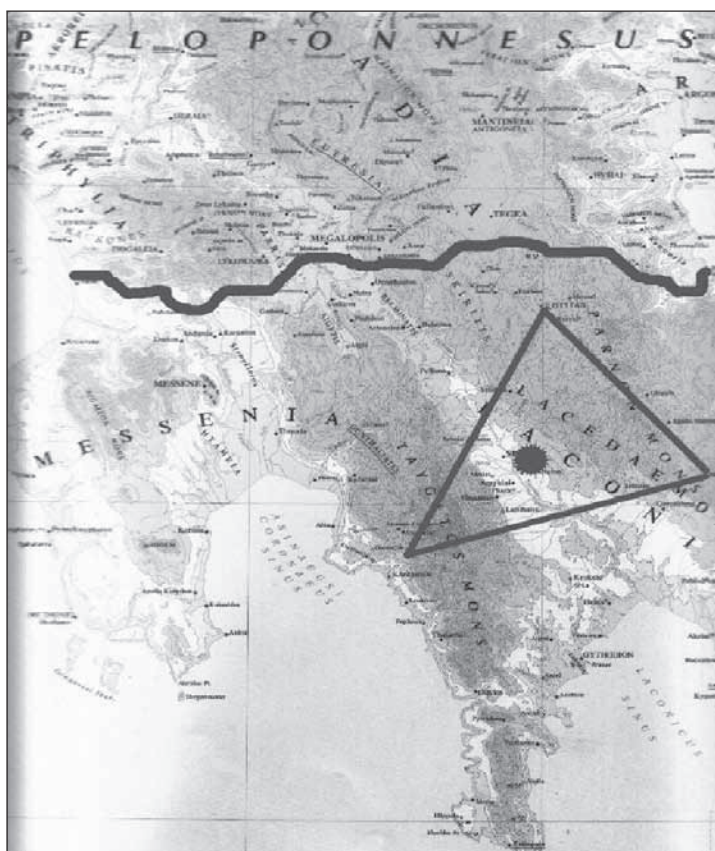


FIGURA 1. Líneas de protección de Esparta.

santuarios de Ártemis Limnatis y Cariátide, además de las ceremonias celebradas en el templo de Apolo en Geraki, si no se producía ninguna agresión contra ellas, y volvían a la ciudad después de dicho período, era considerado como una evidencia de que la ciudad no podría sufrir ningún tipo de agresión exterior, debido a que algunos de sus miembros más frágiles, como eran las doncellas, habían regresado de su período de aislamiento sin sufrir daño alguno.

Según Cartledge, existiría además un círculo de santuarios más próximos como serían los de Zeus Mesapo²³ a unos cuatro kilómetros al Norte de Esparta, cerca de la ciudad de Sellasia y el templo de Apolo en Amiclas a unos cinco Kms. al sur de la misma, que habrían conformado una segunda línea de protección, alrededor de la ciudad, bajo la protección de Zeus y de Apolo.

23 En este santuario se encontraron una serie de figuras itifálicas realizadas en terracota, que en opinión de DOVER, K. J. *Greek Homosexuality*. Cambridge. 1978, p. 105, podrían ser signos de marca territorial, y debido a que el santuario se encontraba en Sellasia, la población perieca más próxima a la ciudad, podría tratarse de un santuario espartano, más que perieco, cuyas evidencias arqueológicas podrían tener una función política para señalar límites territoriales.

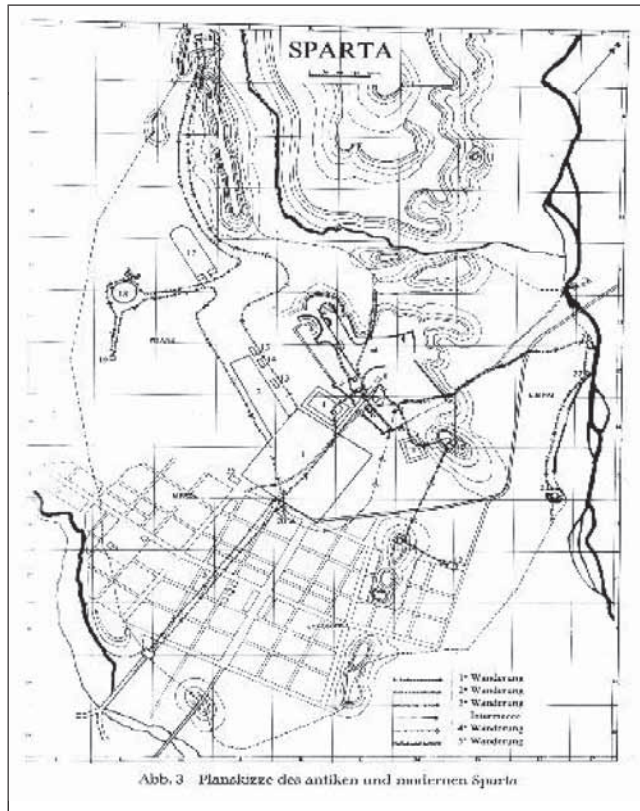


FIGURA 2. Trazado de la muralla construida por Nabis (s. II a. C.).

Finalmente, podría haber existido un círculo de protección más cercano, en las inmediaciones de la misma Esparta, que estaría compuesto por el santuario de Ártemis Issoria al Oeste y el de Ártemis Ortia al Este.

Estos cuatro círculos de seguridad, uno humano y los otros tres bajo la protección de una serie de divinidades, podrían haber llevado a los ciudadanos espartanos a tomar la decisión de que no necesitaban muros para defenderse²⁴.

La teoría de Cartledge, sin descartarla del todo y considerándola, cuanto menos, interesante, no contempla una serie de condicionantes de vital importancia, entre los que destaca la ubicación geográfica de la propia ciudad, que como señalámos al principio de este artículo va a marcar decisivamente el desarrollo del estado espartano. La presencia importante de cadenas montañosas en tres de los cuatro puntos cardinales que la rodeaban, debió haber sido un condicionante importante a la hora de decidir la construcción de una muralla. Es cierto que ninguna de estas estribaciones presentaba una dificultad infranqueable, debido a que la altura principal de los montes Taygeto es de 2.400 m., mientras que la de los montes Parmon es de tan solo 1.900 m., mientras que la cadena montañosa de los montes Liceo de Arcadia, al norte de Esparta, no su-

24 CARTLEDGE, P. *op. cit.*, 1998, p. 44.

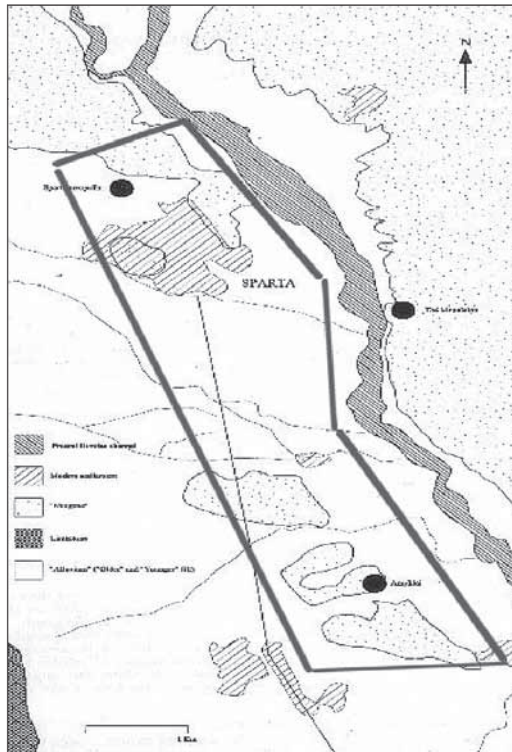


FIGURA 3. Trazado hipotético de una muralla que incluyese Amiclas.

peraba ninguna de estas cotas. Sin embargo, durante el período arcaico, solo existían dos puntos por donde atravesar los montes Taygeto, y ambos permanecían cerrados durante el invierno debido a las bajas temperaturas y a la acumulación de nieve.

El único acceso más asequible para una invasión del estado espartano sería por el sur, por lo que desde los inicios de la fundación de la ciudad, se preocuparon de asegurarlo con la toma de Amiclas primero, y posteriormente con la de un puerto, Gytheon, que les abriese las puertas al Mediterráneo.

El condicionante geográfico, sería por tanto, de suma importancia para los espartiatas, junto a otro factor ineludible, como sería la construcción de una muralla que protegiese las cinco *obai* con las que contó la ciudad desde sus inicios. Cuando el rey Nabis se decidió finalmente a construir la muralla a principios del siglo II a. C. (fig. 2), con una Esparta muy distinta a la poderosa *polis* de época arcaica o clásica, tan solo construye un muro que protege las cuatro primeras *obai* que configuraron la propia ciudad, debido a la dificultad que encerraba la construcción de una muralla que además incluyese Amiclas, situada a cinco kilómetros al sur de las otras *obai*. Este segundo condicionante, debió de pesar también de manera decisiva a la hora de descartar la idea de amurallar una ciudad que incluyese Amiclas, debido principalmente a la dificultad de defender un territorio de varios kilómetros entre las cuatro *obai* fundacionales y la propia Amiclas (fig. 3). Sería además un territorio deshabitado, por lo que su defensa, en caso de un hipotético ataque, habría sido muy difícil de mantener.

Otro factor importante debió ser el hecho de que Esparta nunca contó con un núcleo de población concentrado, debido principalmente a que después del proceso de sinecismo que sufrieron las *obai* inicialmente, siguieron manteniendo su identidad individual²⁵, y muy probablemente sus propios núcleos de población, aunque esto último aún no ha podido ser probado arqueológicamente, debido a la ausencia de excavaciones en la zona. No podemos hablar por tanto de un núcleo concentrado de población que habría facilitado sin duda, la construcción de una muralla.

Finalmente, pero no por ello menos importante, el hecho de que Esparta tuviese uno de los ejércitos más poderosos y de mayor prestigio del Mundo Antiguo, debió constituir también un elemento clave, para considerar prácticamente imposible que cualquier otro estado se atreviese a realizar cualquier tipo de incursión en territorio espartano, como de hecho así sucedió, ya que hasta la llegada del tebano Epaminondas en el 369 a. C., no se había producido ninguna otra invasión sobre la propia ciudad.

La conjunción de todos estos factores debió de ser decisivo para que los espartiatas decidiesen que no era necesario construir una muralla que les protegiese de cualquier enemigo. Solamente cuando el estado espartano comenzó a desintegrarse después de la derrota de Leuctra en el 370 a. C. y la posterior invasión de su territorio al año siguiente, uno de sus monarcas, el rey Nabis, consideró oportuno, más de un siglo después, amurallar la ciudad. La máxima que Plutarco asignaba al pueblo espartano con palabras de orgullo y entrega al estado:

Una ciudad está bien fortificada cuando está guarnecida por hombres y no por piedras. (Plu. Lyc. 19, 20).

debieron ser una muestra del tipo de sociedad que había en Esparta, pero sin olvidar lo mediatizado de las mismas, en un contexto en donde la disciplina y poder militar del ejército espartano fue tan apreciado por la sociedad romana. Por ello, los factores geográficos, que hacían de Esparta una ciudad de difícil acceso, junto a la situación alejada de Amiclas de la propia ciudad, además de la ausencia de un núcleo de población concentrado, que en el caso de haber existido, habría otorgado sentido a la construcción de una muralla, convertían a Esparta en una ciudad que no necesitaba muros para su protección. Esta serie de circunstancias, sumadas al hecho ineludible de que estamos ante un estado preparado para la guerra, que llegó a dominar una extensión muy superior a la de otros estados griegos²⁶, con un ejército respetado por todos, incluidos los monarcas persas, hacía inverosímil la invasión de su territorio.

25 Un elemento importante del que disponemos para poder confirmar que las *obai* mantuvieron su identidad individual, aún después del proceso de unificación que sufrieron, configurando así la ciudad de Esparta, es la dificultad que encontramos en el Panteón espartano para poder determinar la divinidad principal de la ciudad. Si bien es cierto, que la festividad más importante para los ciudadanos espartiatas eran las Jacintias, celebradas en el templo de Apolo en Amiclas, no es menos cierto, que el mayor número de objetos votivos han aparecido en el santuario de Ártemis Orta, o que la situación más privilegiada de todos los santuarios de Esparta fuese para el templo de Atenea Calcíeco.

26 Esparta, después de la conquista de Mesenia, llegó a controlar un territorio de más de 8.000 km², muy por encima de los 2.500 km² que controlaban sus coetáneos Atenieses.